

PORTUGAL

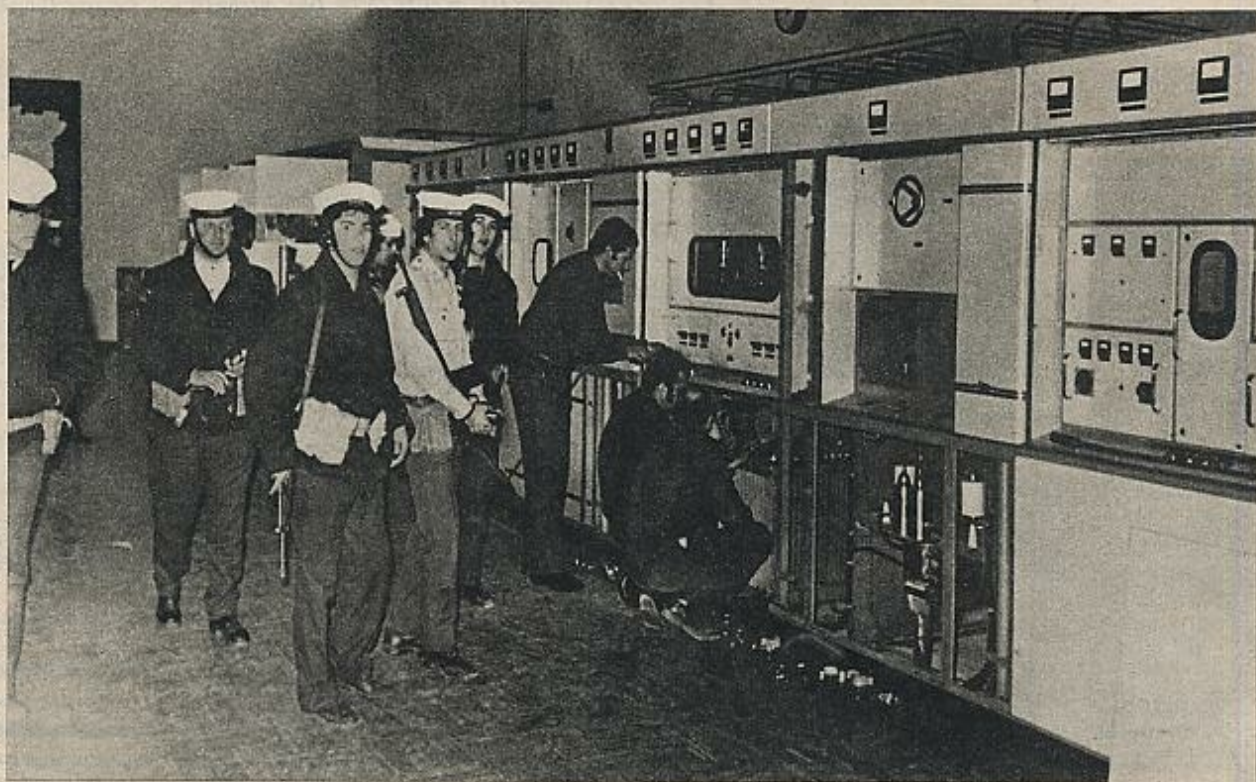
LA «lamentable aventura» de la derecha portuguesa duró poco más de tres horas. El tiempo suficiente para que algunos oficiales, algunos soldados, algún general comprometidos en contra de su voluntad —engañados—, tuvieran tiempo de dar marcha atrás. Spínola y los que le aupaban hacia el poder por esta vía —el gran capital, la CIA o el Departamento de Estado, según las rápidas declaraciones del capitán Otelo de Carvalho, a cuyos Comandos del Continente, el COPCON, correspondió aplastar la insensata rebelión, denunciando al embajador de los Estados Unidos, Carlucci; tal vez Bonn, según denuncias anticipadas de «A Capital», que unos días antes había complicado Alemania Federal, Estados Unidos y a Mario Soares en un intento de ocupación violenta del poder— fracasaron rápida y estúpidamente. «Le Figaro» de París califica a la derecha portuguesa de ser «la plus bête du monde». (Sin duda, el colega de la derecha francesa no conoce otras que podrían sobrepasar a la portuguesa.) No es demasiado agudo, tampoco «Le Figaro» en la especie que mezcla en su comentario: podría ser —dice— una maniobra de los duros del régimen «con un notable maquiavelismo para eliminar definitivamente a sus adversarios de la escena política». Para añadir: «Es posible también que todo este asunto sea una provocación muy bien montada...». No, la derecha portuguesa no es la más tonta del mundo. Esta versión ha circulado, circula mucho. Y, sin embargo, hubo golpe. Hubo intenciona, y tuvo como protagonista al general Spínola. Lamentable protagonista para una lamentable aventura.

SIGAMOS la pista del golpe tal como la traza en «Informaciones» Eduardo Barrenechea, corresponsal en Lisboa. Spínola contaba con la aviación y con la división blindada de la Escuela Práctica de Caballería de Santarem. Sólo una división blindada y la aviación podían superar la fuerza armada del COPCON y las posibles milicias populares. Pero la blindada no se sublevó. Se opuso a ello el Consejo de cuartel: soldados, oficiales, jefes. Los aviones que tenían misión de ametrallamiento se volvieron atrás. Alguno de ellos llegó a cumplir su misión —el bombardeo del Regimiento de Artillería Ligera Número 1: sólo causó un muerto—, pero los demás se retiraron del combate: sin división blindada, no habría posibilidad de ocupación del poder. Una agencia de

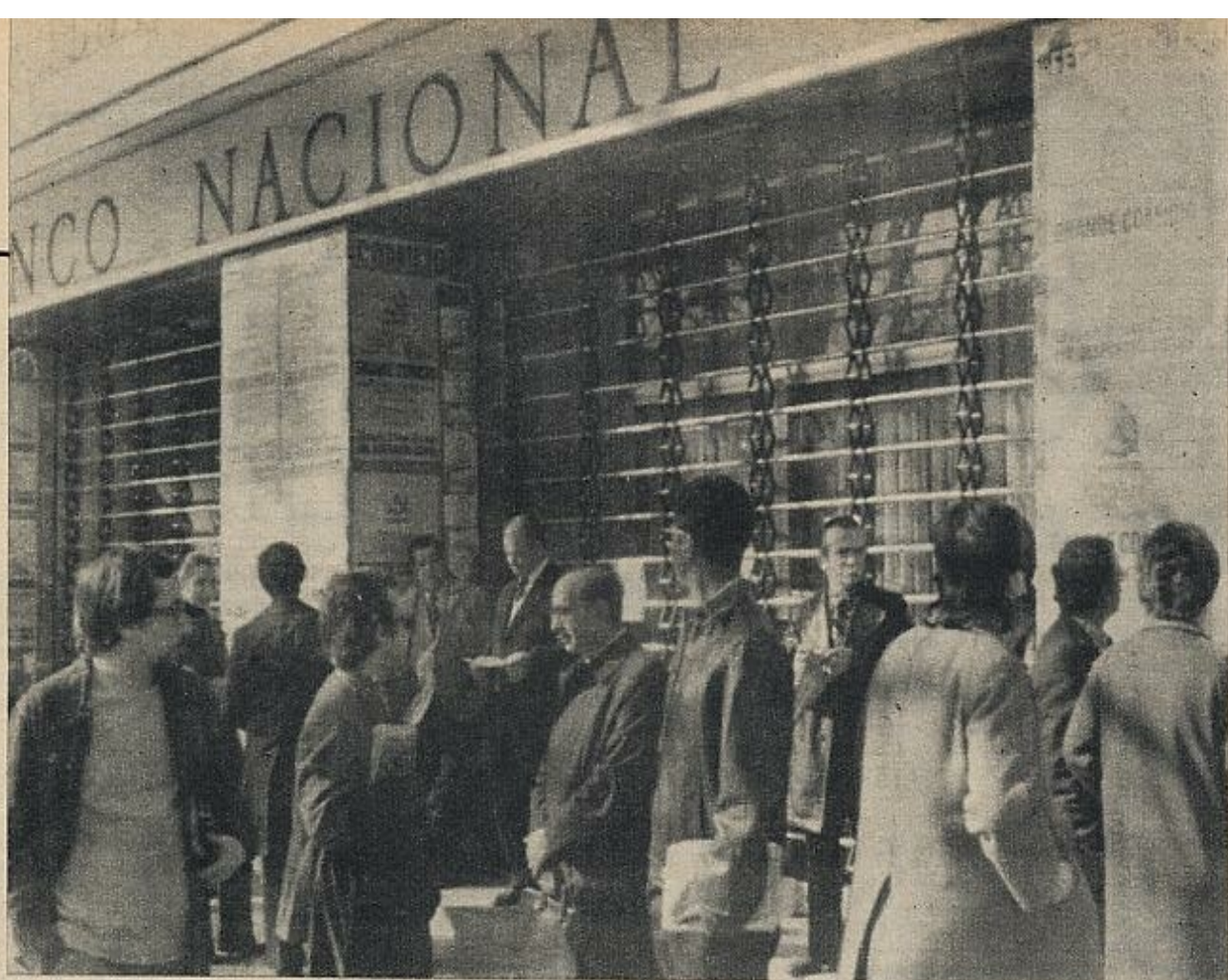
los Estados Unidos, la United Press International, se enteró tarde: dio la noticia de que los blindados avanzaban sobre Lisboa porque, en su afán de adelantar noticias, creyó lo que alguien —los conjurados, o sus inspiradores— le había dado como programa previsto. Quizá esa noticia se daba como un arma: para que los refractarios o los pusilánimes se la creyesen y se sublevaran. No surtió efecto. A Spínola no le quedaba más que utilizar la huida prevista: el helicóptero a Badajoz, con sus oficiales más comprometidos y con sus familiares, que desde antes del movimiento esperaban ya en la base aérea por si tenían que huir.

LO que el Presidente Costa e Gomes ha calificado de «lamentable aventura», terminó velozmente. Pero ya había producido un efecto, un contraefecto para ellos, de carácter definitivo. Los partidos del centro a la derecha son sospechosos, la multitud se ha echado a la calle en las ciudades, al campo y las carreteras en las zonas agrarias. Luis Carandell, unas páginas más adelante de este mismo número, describe los grupos de campesinos envueltos en mantas, agrupados en torno a las hogueras, que vigilaban la noche rural con escopetas, cuchillos, garrotes. ¿No sabía la más tonta derecha, no la más tonta del mundo, desde luego, que esto iba a suceder así? ¿Que una victoria les hubiera costado ríos de sangre, en el mejor de los casos? ¿Contaban ya con ser chilenos? (Ya antes, en Lisboa, se hablaba de Spínola diciendo «Spinochet».)

Y después de la aventura, ¿qué? Ya hay un nuevo Régimen en Portugal. Ya las Fuerzas Armadas se han institucionalizado, prescindiendo, por la urgencia, de las consultas y discusiones con los partidos políticos que estaban celebrando sobre su proyecto de institucionalización. Ya han formado un Consejo de la Revolución, que se sitúa por encima del Consejo de Estado; la Presidencia de la República es para uno de sus miembros, y probablemente lo será para otro (no hay mucha certeza de que Costa e Gomes, a pesar de su actitud decidida en este golpe, vaya a continuar mucho tiempo). Ya hay un régimen militar más en este mundo.



Las instalaciones del Radio Club Portugués resultaron dañadas durante el tiroteo que se produjo a raíz del frustrado contragolpe.



La nacionalización de la Banca fue la primera de envergadura dictada por el Gobierno portugués tras el fracaso de los spinoletas.

NO rompe, en principio, las estructuras democráticas. Las elecciones legislativas se celebrarán, como estaba previsto, el 12 de abril; habrá una Asamblea Constituyente y se votará una Constitución. Sólo que esta Constitución habrá de tener, como instancia superior de poder, a la que se subordinará el poder civil, al Consejo de la Revolución. La imagen de la democracia burguesa, pero con tendencias sociales, que se había ido dibujando, está rota. La derecha —y la menos derecha: el centro, e incluso el socialismo de Marlo Soares— llevaban tiempo denunciando la posibilidad de una dictadura militar. La izquierda argüía que el poder militar era necesario para vigilar la organización del nuevo régimen: los acontecimientos les han dado la razón. Y el nuevo Régimen ha comenzado ya sus primeras medidas: la nacionalización de la Banca privada es un principio de socialización. Pueden venir otras nacionalizaciones rápidamente, o colectivizaciones, o como sea la forma que se le vaya a dar a este Régimen. Han comenzado las depuraciones: militares contrarrevolucionarios arrestados, banqueros tras los barrotes. No parece, o no se sabe, que haya sangre por ahora. Es una represión sin duda muy distinta a la que hubiese producido la derecha en el poder, si nos atenemos a otros ejemplos, a otros patrones.

ESTO no esclarece demasiado el porvenir. Una dictadura militar es siempre una dictadura militar, se ejerza en Perú o en Chile, en Argelia o en Saigón. Tiene que poner unos límites a la libertad. Pero, ¿puede ser Portugal un caso distinto? Desde el 25 de abril de 1974 estamos considerando que las circunstancias de Portugal son genuinas y son incomparables. No existe el caso de un ejército colonial que se convierta en descolonizador —los militares franceses de Argelia culparon a los civiles, y se constituyeron en ejército secreto, en OAS, y así siempre—, y existen pocos casos —el más conocido es el peruano—, al menos en este siglo —el XIX era otra cosa—, en que un Ejército busque una democracia. A partir de esos hechos genuinos, podría llegar a ser enteramente distinto el caso de Portugal. Ya el principio de no disolver partidos políticos en las vísperas electorales (aunque los más sospechosos van a sufrir una baja inmediata en los comicios), ya el de mantener las elecciones, son síntomas apreciables.

TENDRAN, sin duda, el Partido Comunista y el Socialista que omitir sus rivalidades (quizá Mario Soares no puede seguir representando a un socialismo al que ha llevado por un camino equivocado), y ya habían comenzado a saldarse cuentas sobrepasadas cuando todavía no había comenzado la rebelión.

ALGUNOS partidos de la disidencia marxista, del extremismo como se suele decir, van a tener un reconocimiento del que carecían. A fin de cuentas, son los únicos que no han cesado en sus acusaciones de que la derecha conspiraba e intentaba asaltar el poder, y han sido los

primeros en lanzarse a la calle, aún sin armas, para enfrentarse a los blindados, que no llegaron nunca.

ES decir, se ve o se presiente en Portugal una radicalización a la izquierda, como consecuencia del movimiento pendular causado por la contrarrevolución. No podrá ser excesiva. No es fácil de creer que Portugal vaya ahora a salirse de sus alianzas políticas y económicas, de la OTAN y de su relación con el Mercado Común, al que aspiraba a integrarse enteramente; no es pensable que vaya a instalar una democracia popular en ese borde de Europa tan significativo. Sería algo muy peligroso para su estabilidad.

PORQUE el peligro no ha cesado. Las máximas voces políticas de Portugal han advertido ya que esta intentona pueda no ser la última. La Historia está cuajada de ejemplos, y el propio Chile conoció un levantamiento fallido —dominado por el general Prats— un mes antes del golpe definitivo. No es el mismo caso, indudablemente, y Portugal tiene ahora la ocasión —que está utilizando rápidamente— de quitar de los puestos clave a los que eran los enemigos del MFA o de su programa, pero que habían respetado por conservar la imagen.

PERO algo inquietante puede esperar, en el tiempo por venir, al Consejo de la Revolución y a los oficiales que dirijan el país: su choque con ciertas realidades que les superan, como la realidad económica. Un Gobierno de carácter democrático y civil tiene almohadillas y válvulas de escape para estas tensiones: hay crisis, cambios de ministros, debates, elecciones anticipadas, coaliciones... Un Consejo Militar de la Revolución no puede producir esas amortiguaciones por sistema: es de una pieza y es frágil. Sólo un cambio total del sistema político, una socialización muy avanzada, permitiría hacer frente a las amenazas económicas, al desgaste continuo del nivel de vida, que es endémico en Portugal, y que se puede agudizar ahora con la inflación internacional, el regreso de los emigrantes, la carestía de las materias primas... De alguna forma se ha esbozado ya lo que podría ser una situación realista para Portugal: integrarse en un Tercer Mundo al que ya pertenece económicamente, pero del que estaba apartado por la ficción de que era un Imperio, y una economía socialista que eleve el nivel de los no privilegiados, y que responda a condiciones de participación total en la situación. Es algo quizá demasiado tajante, demasiado duro. Pero si se enfoca de otra manera, va a pasar por riesgos muy graves. La Historia próxima para Portugal no es un camino de rosas —habría que decir un camino de claveles—, y habrá que entender bien que eso se lo debe a su pasado, a los cincuenta años de fascismo, a la dilapidación y la corrupción, al disparate colonial que enriqueció a las compañías y arruinó al país. Pero muchos no van a poder resistir la tentación de exculpar al viejo Régimen y acusar al nuevo: ya estaba, ya está sucediendo. ■